

BIOGRAFÍA



SOR IRENE DE LA CRUZ DÍAZ ALLAUCA, O.P.



Sor Irene de la Cruz Díaz Allauca, O.P., ingresó a la Orden de Predicadores el 13 de agosto de 1993, agradeciendo esta llamada como un regalo de Dios y un gesto de gracia de Santo Domingo de Guzmán. Para ella, su vocación ha sido una historia de amor tejida por Dios, marcada por la fe, la esperanza y la experiencia cotidiana de la providencia.

Su vida en la Orden ha sido una aventura espiritual donde Dios, con ternura y misericordia, moldea su corazón en medio de la sencillez y la pobreza.

Realizó su formación inicial en el Noviciado Común de Torrente, en Valencia (España), un tiempo que describe como enriquecedor y decisivo para comprender la identidad de la monja dominica contemplativa. A lo largo de los años, ha descubierto que su vocación se expresa en la comunión profunda con la comunidad, la Iglesia y la Orden. La obediencia y la vida cotidiana se han convertido en su escuela permanente, invitándola a responder con generosidad y alegría en su caminar consagrado.

Entre 2014 y 2019 formó parte de la Comisión Internacional de Monjas, representando a los monasterios de Sudamérica por designación del Maestro de la Orden, Fr. Bruno Cadoré, O.P. Además, durante nueve años integró la Comisión Internacional de Justicia y Paz.

Estas experiencias fortalecieron su sensibilidad y compromiso frente al sufrimiento, la injusticia y las heridas del mundo, reafirmando la dimensión contemplativa como un servicio silencioso pero esencial para la Iglesia.

BIOGRAFÍA



SOR IRENE DE LA CRUZ DÍAZ ALLAUCA, O.P.



Desde el silencio de la vida monástica, Sor Irene recuerda que las monjas contemplativas sostienen la misión de la Iglesia con su oración constante, aun cuando su presencia sea discreta o poco comprendida. Inspirada en la intuición de Santo Domingo, concibe el monasterio como una casa de misericordia, un oasis de paz y un lugar donde cada persona pueda encontrar consuelo y fortaleza.

Ser monja dominica contemplativa, afirma, es vivir con entrañas de madre, escuchando el dolor del mundo y transformándolo en intercesión perseverante, esperanza firme y solidaridad espiritual.

Sor Irene ha servido a su comunidad como Priora durante nueve años y ha acompañado procesos vocacionales por más de dos décadas, ayudando a muchos jóvenes en su búsqueda de sentido y de Dios. Hoy agradece la oportunidad de compartir su testimonio y pide mantener los vínculos de comunión con las comunidades contemplativas, ofreciendo intenciones concretas para la oración.

Reconoce que la vida contemplativa es el corazón de la Iglesia, un corazón que también necesita ser sostenido por la oración y el amor del pueblo de Dios, para seguir latiendo con fidelidad y esperanza